

Alguien *Presentación*

Este libro habla de alguien. Y con alguien. Así dicho, resulta tan inconcreto como universal. Brota de la necesidad de su proximidad, de su palabra. A todos nos ocurre que necesitamos que alguien nos acompañe, que esté cerca, que nos escuche, que nos diga. Pero *alguien* no es uno o una cualquiera, no nos es indiferente y dar con él, con ella, resulta decisivo. No es cuestión, sin embargo, de procurar una persecución o una captura. Tal vez más se trate de una capacidad de atender, de escuchar, de un estar abierto y dispuesto, no sólo a recibir, sino a entregarse, a darse. No creer que uno lo sabe todo y mejor que los demás, no ser autosuficiente por engreimiento y ser consciente de la propia necesi-

dad, con entereza, constituye un aspecto decisivo para que alguien irrumpa en nuestra vida.

Todo parece alimentarse de precipitación, de malentendida utilidad, de prisa, de miedo y nos vemos abocados a una rapidez sin ligereza de vuelo. Estamos empeñados en que nos escuchen, en que nos oigan, en que nos respondan y en que nos lo resuelvan. No siempre deseamos hablar con alguien, nos limitamos a hablarle a él, a ella. Para que se entere, pensamos, y no en todo caso hay espacios de conversación. No dejamos hablar. Y dejar hablar no es un simple gesto de permisividad, es un acto de reconocimiento. Exige crear condiciones de posibilidad para la palabra ajena. No se trata de hablar en su lugar, sino de propiciar su propio decir. Se requiere, por tanto, toda una política de liberación de la palabra, usurpada, silenciada y acallada. Para empezar, la nuestra. Y, no pocas veces, por nosotros mismos. No nos dejamos decir. Esta palabra bajo control, por temor o por pudor, encuentra en ocasiones espacios para su propio respirar a partir de la mirada no sólo demandante, también exigente, de los demás. Les necesitamos.

Alguien con quien hablar no es cualquiera al que decirle lo que nos ocurre. No se trata de requerir un recipiente o un receptáculo en el que depositar lo que precisamos o nos apetece expresar. Una y otra vez nos alienta no sólo la necesidad de hablar, sino la voluntad de decir, de decirnos. Y sostenida por un deseo, el de ver si somos capaces de ser otros que quienes somos. Y los días y las horas resultan fatigosos en un mundo tantas veces insensible y poco acogedor, en definitiva tantas veces injusto. No son fáciles las jornadas. El acopio de actividades, incluso su utilidad o hasta su rentabilidad no es suficiente para nuestro gozo.

Y hay mucha tristeza y soledad. Y reconocerlo no es expresión de fatuidad o de debilidad, sino asunción de nuestra fragilidad constitutiva. Compartir con alguien esta difícil tarea de sobreponerse, de sobrevivirse, es absolutamente imprescindible. Y no por dejar de reconocerlo o por silenciarlo deja de ocurrir. Hemos decidido callar sobre ello, reduciendo el alcance de la palabra afectiva a ámbitos de intimidad.

Sin embargo, precisamos de la palabra del otro. No sólo que nos escuche, que nos diga. La

palabra palpita viva y dice y produce efectos. Y hace. Por eso tal vez necesitamos discursos cercanos, verdaderos, que se nos ofrezcan próximos, que nos alteren, que nos disloquen, que esperen de nosotros, que no nos den por acabados, por conocidos.

Alguien con quien hablar no pretende, por tanto, ser una lección, ni darla. Lejos de la sofisticación, trata de corresponder ambiciosamente al modo de proceder del decir y por ello busca hacer. Para empezar, desea ofrecerse como una acción de comunicación. Estamos convencidos de que estos requerimientos nos son comunes, de que la comunidad de los frágiles es, a la par, la de los de la valía y el coraje público, y no el asiento en la inmovilidad de los débiles, presuntamente seguros, asegurados en lo que ya son. Los textos conversan con cada uno de nosotros, en lo que tenemos de seres cualesquiera, no necesariamente anónimos, capaces de ser uno de tantos, nadie incluso, pero sin dejar por ello de ser insustituibles.

Alguien es siempre en este texto alguien singular. Sólo así se podrá comprender que el presente escrito no sólo se dirija a lo que un lec-

tor podría esperar de lo que aquí se ofrece, sino a lo que él desea y precisa del otro, de los otros. Por tanto, lo dicho se difumina, se entrega y se ofrece para que quien realmente lo escriba sea el lector en su encuentro con el otro, con alguien, a quien tanto precisa y desea. Y, quizá, quiere.

Desde la convicción presentada en el corazón del texto de que sin afectos no hay conceptos, corremos el riesgo de liberar austera pero decididamente los sentimientos y las emociones, las pasiones del pensar, que no han de quedar aniquiladas por una supuesta objetividad de la razón. Pensar no es un mero acto mental, una actividad para acreditar o justificar la falta de sensibilidad o de sensualidad. En un tiempo difícil, la palabra nos acerca al otro, nos relaciona, nos vincula y muestra en ocasiones la distancia irreductible. Buscamos los argumentos, las buenas razones y a su vez las experiencias, las elecciones, las decisiones, las formas de vida. No para dar simple cuenta de lo que nos pasa, sino para considerar lo que ocurre. Y para ver hasta qué punto podemos hacer que sea diferente, más placentero, más dichoso, más digno.

Quizá de este modo, estos breves textos, como cartas enviadas, leídos uno a uno, casi desgranados, nos ofrezcan la complicidad de la palabra y posibiliten destellos para el análisis, la reflexión, la meditación y, sobre todo, constituyan un aliento, un estímulo, una ocasión para no cejar, a fin de que el encuentro con alguien con quien hablar venga a ser un verdadero decir. Sólo así seremos artífices de nuestra vida, lejos del lamento que no hace sino resignarse ante lo que ya creemos ser. El ritmo de la vida, de la respiración, de la sangre habita en cada palabra. En ella encontramos tantas veces la fuerza y las razones de las que carecemos. Esta insurrección de la palabra hace que, en busca de la mayor sencillez, no eludamos la complejidad y las contradicciones de la existencia. Son textos para leer, esto es para reescribirlos, para reescribirnos, para, en su caso, demorarse en ellos, para elegir, para elegirnos. Retornan al público del que brotaron. Nacieron por los demás y en esta ocasión se abrazan con quienes los alumbraron. Son latidos de la palabra. Brotan en la espera de alguien con quien hablar y, si cabe, con afecto, decirnos.

Alguien con quien hablar

Creemos que todo se resuelve con contar y contar lo que nos pasa, como si fuera suficiente con la opinión que nos merecemos. No siempre es verdad que deseemos ser escuchados. Porque escuchar es en todo caso responder, aunque sea con el silencio. En ocasiones, sólo queremos ser oídos. El otro pasa a ser un privilegiado recipiente que ha de asentir. Incluso es suficiente que mantenga las formas y aparente hacerse cargo de nuestras cosas. Pero no se trata de eso. No es cuestión de alguien a quien hablar, sino de alguien con quien hablar. Es un regalo de la vida encontrarse con quien poder hacerlo. Todo se ha puesto perdido de supuestas confidencias, de falsas intimidades, en el espectáculo público de las mal llamadas interioridades. Confe-

siones televisadas, vidas privadas del vivir aireadas en nombre de la espontaneidad. Y vacío, mucho vacío.

Nos falta la palabra próxima, como mano amiga, la distancia adecuada en la que no sólo contar lo ocurrido, sino pensar si podemos llegar a atisbar algo, soñar, desear, mostrar las contradicciones y paradojas que habitan toda alma. Y encontrarse con la mirada entrañable y desconcertada de quien no sólo tiene sus propios quehaceres y pesares, sino que nos los ofrece como cobijo para el retorno de la palabra. No basta simplemente con un catálogo de reproches y de consejos, ni siquiera con la resignación disfrazada en ocasiones de comprensión. El desafío de la palabra del otro, incluso su impugnación, pueden resultar la mejor de las acogidas. La condición indispensable es el afecto, por muy esporádico que resulte.

Buscamos espacios adecuados de conversación y ésta no acaba de tener lugar. Las sobremesas y los cafés de tarde entornan en el ruido de los dimes y diretes la ausencia de alguien con quien hablar. De encontrar la ocasión, la confianza no es entonces cotilleo, una noticia de

la que hacer uso, ni es el intercambio de información. Es desnudar el alma hasta escucharse decir lo que quizá ni siquiera uno mismo llegó a pensar nunca y mostrar la soledad de la palabra única. Es recibir la hospitalidad de otra alma tiritando su propia suerte. Cuando ya sólo nos contamos cosas y en ellas no está lo que nos falta, lo que nos conmueve, lo que nos impide dormir, lo que nos hace reír... se acabó la posibilidad de hablar. Buscamos las palabras del otro, las que sólo a su lado brotan. Y si hace falta resultar supuestamente ridículo, o llorar, o mostrarse inconsistente... nada de eso es inadecuado, sino que cobra otra plenitud.

Reír juntos

Reír puede llegar a ser una forma, más o menos sofisticada, de no llorar. No es un reír por no llorar, es un reír a lágrima suelta. No es un abandono a una situación, es una entrega a ella. Nunca olvidaremos a alguien con quien hemos reído. Quizá no recordemos su nombre, ni podamos recrear concretamente la situación, pero la memoria aún tiembla al compás de una carcajada. Palpita el corazón, se altera la respiración, el ritmo es poético. Tal vez no lo sea en apariencia la compostura, pero las formas resultan agradables, contagiosas. No es el reírse de alguien, es un reír con él, con ella. Esto suele incluir alguna dosis de pérdida de la estirada rigidez convencional, aunque siempre resulta com-

patible con la elegancia, si lo acompañamos con un determinado reírse de uno mismo.

Al reír juntos, nos decimos algo. No es, como ocurre con una sonrisa, un cierto contenido, es un envío sin mensaje. Es una complicación, una complicidad, una copertenencia. Es un sentirse en algo con alguien y un tener que ver con él, en ocasiones sin otro componente que sorprenderse juntos, un habitar la contradicción, o la paradoja. La risa es una forma de acercamiento, de caricia de lo incorporal de cada quien. Si no es un alivio, sí procura bienestar. Es difícil no sentirse agradecido por este encuentro fortuito relacionado con la mirada del otro, que siempre precede y prosigue más allá de toda mueca, de todo gesto de los labios o de la boca.

Se ríe con el alma, quizá con esa alma mortal que es una manera de ser, una variedad y una pluralidad de formas de vida. Por eso se dijo desde antiguo que de entre los animales sólo reímos los humanos. Vuelve aún más el alma, nos brota al reír con otro. Y, a continuación, irrumpe en escena aquello que no se deja resumir, una amistad. Entre morirse de risa y reírse de la

muerte destella una íntima relación, que no sólo entrelaza la risa con la muerte, sino que hace próximos y familiares sus movimientos. Y los destierra.

Añoramos encontrar a aquellos con quienes reír. Los espacios de las risas no son compactos, ni se puede residir en ellos, pero es posible vivir abiertos a alguien con quien ser capaz de reír. Por eso, reír a solas no es puro desvarío, sino un prelude, una llamada, una convocatoria, una apertura a quien ya viene a ese reír juntos, que nunca es posesión, sino un abrazo de almas en algo otro, que jamás se deja atrapar, un atisbo, un destello, quizá fugaz, de una comunicación con alguien.

Al menos, tu voz

Puede parecer poco, pero a veces necesitamos sencillamente oír la voz de alguien concreto. Como sea, su voz, ella, al menos. No es tanto la compañía de los argumentos cuanto el cálido articular, entonar, deletrear, sonar, de su singularidad expresiva. Su voz nos serena o, quizá, nos provoca a ser. Es como si al llegar viniera vida. Tantas veces nos alcanza de lejos y todo cobra otro sentido. Si se silencia, nada nos dice nada. Aún resuena en nuestros oídos la de quien, por lo que fuere, no está ya. No recordamos siempre tanto lo que dijo cuanto la mano de su voz que tocaba nuestra alma.

La voz ofrece toda una fisonomía. Ciertamente se teje en un modo de hablar y de decir, pero por sí sola es ya la calma o la zozobra del

declinar del día. Parece provenir de algo otro que uno mismo y que le es más interior que cualquier adentro. Empieza por resonar en quien se ve envuelto por lo que oye y que parece provenir de sí. Todo vibra y nos vemos atravesados por un sentir que busca componerse y trata de huir de nosotros hasta alcanzar a alguien. En realidad, la voz conforma y configura nuestro propio rostro y aspira a llegar a ser palabra.

En el silencio tumultuoso de tantas y tantas reuniones, conversaciones y declaraciones se erige en ocasiones una voz, sin por ello encumbrarse. Parece tan firme como dulce, no es implacable pero resulta consistente, no se aterciopela ni se trata de plegar sobre sí misma autosuficiente, como si se oyera decir, y se despliega como un caminante nómada. Se ofrece a la intemperie, con una desnudez tan atractiva que es difícil no desear que venga a nosotros.

No siempre el decir del otro resulta convincente sólo por sus necesarias y buenas razones, como si éstas se impusieran por sí mismas indiscutiblemente. No basta tampoco con alzar la voz o con dejar de hacerlo. La voz ofrece, la voz sintoniza. Y, más aún, es la espiritualización

de la corporalidad. La carne se hace verbo en ella volviendo del revés el misterio. Y en nuestro aislamiento atraviesa estancias, países y vidas para alcanzarnos. Y todos sus matices se comportan como afectos, hasta acariciar lo más íntimo de cada cual. Por eso, una vez que una voz es ya parte constitutiva del rumor incesante de nuestra memoria, posee ya un aroma que no sólo es reconocible sino que constituye otra infancia, la conformada por esas voces que son nuestro hogar, una casa poblada de quienes son el murmullo que oímos en cada silencio.

Si no hay mucho que decir, al menos, tu voz. Léeme, siquiera un texto ya dicho. Llama, aunque sea por error para preguntar equivocadamente. Recita, canta o cuenta esa historia que es ya la leyenda de vidas siempre por vivir. Pero dame tu voz, que es poético decir que no necesita remitir a contenido alguno. La voz es ya en sí misma un sentido singular. Déjame dormir en ella. Y, cuando sea preciso, fallecer al arrullo de su despedida.

El placer del otro

Quienes viven sin placer son peligrosos. El placer no es un aditamento, ni un ingrediente. No sólo nos reconforta o recompone, nos constituye. Su ausencia resulta una carencia, una falta, y de efectos contundentes. Sin él, no sólo es amarga la vida, es que deja de serlo. Por eso es sorprendente que se identifique torpemente con cualquier gusto o sensación más o menos agradable. No es suficiente asociarlo con necesidades y menos aún con su satisfacción. Aunque ello no se excluye, lo decisivo del placer es que resulta del desplazamiento de uno y es, en todo caso, una relación con algo otro. Amar es también desear el placer del otro, buscarlo, crear las condiciones para que se procure. La voluntad de dar con él, de saborearlo, es un modo de sa-

ber del otro, un modo de preguntarse por quién es él o ella.

El placer, aunque puede habitarse en soledad, no existe por separado, es siempre de alguien y con otro, aunque ese otro sea uno mismo, es un modo de relación. El placer no se deja retener, se expande, se derrama, con el aroma de lo inclasificable. Por eso resulta tan misterioso el placer del otro. Expresa generosidad, interés y deseo por él, por su placer. Lo que, por cierto, ofrece nuevos e inesperados placeres a uno mismo.

Quienes carecen de placer resultan resentidos y tienen una irrefrenable tendencia a considerar a quienes lo sienten superficiales y frívolos, pero su ausencia de placer es falta de esa alegría que es el enigma de la búsqueda. No esperar ni desear hace que los satisfechos acostumbren a ser insatisfechos resignados. Pero el placer, como el deseo, no es ni una tendencia ni un resultado, ni irrumpe tras la búsqueda de algo concreto. Es más una apertura que un cierre o una cerrazón. No se trata de una recompensa, ni del mero resultado de un esfuerzo, ni de la retribución de un acto, ni de un bienestar fi-

nalmente alcanzado. Es una alteración del tiempo, la intensidad del instante, el trastorno de la duración, su espacialización, una suerte de eternidad que se hace cotidiana, el alma gozosa de un cuerpo que palpita, late, vive. Más parece tenernos a nosotros que nosotros a él. Se siente, se experimenta. No hay placer indiscriminado ni permanente. Es siempre ocasional, como la existencia. Es una experiencia de los límites de lo que llamamos conciencia y su desbordamiento.

Ciertamente, las dificultades del vivir hacen que haya quienes no están en condiciones de poder disfrutarlo, pero no deja de ser lamentable que algunos no sepan que el placer también perfila el espíritu y hace salir de sí hacia lo otro, hacia el otro y su misterio. Buscar su placer es un modo extraordinario de encontrarse con alguien. Y de dignificar la existencia. El placer puede sencillamente ser una donación.

Besos de palabra

El beso dice a su modo y ofrece en silencio la palabra que se da, la palabra que acaricia la piel y discurre tierna y apasionadamente por el cuello y el pecho entrelazando, como Cicerón nos pide, el corazón y la lengua. El beso abre la carta sellada por labios ajenos y encuentra en ella el anticipo de lo que habrá de venir y de suceder. Nuestras palabras pueden ser relación, entretejimiento, pueden palpar, abrazar, hasta propiciar la entrega más requerida, la compañía, el afecto o la pasión que nos faltan. No son la sublimación de un beso del que carecemos, son el que damos, el que sólo dándolo recibimos. Las palabras no se poseen previamente, sólo se atisban al ofrecerse, se presagian en su decir.

Tiritan los labios y anticipan lo que quizá no llegue a ocurrir. Pero deseáramos. El temblor del alma los humedece y perfila contornando su dulce y suave textura hasta definir su posición como una llamada, como una llamarada. Aun así, parecen insuficientes para poder hablar. Ninguna lengua articulará la palabra indecible. Sólo un beso logrará dibujarla en común. Tal vez sea necesario demorarse, quizá precipitarse furtivamente, pero nunca la prisa o el tedio. Al besar, la mirada se ve afectada, los ojos se encuentran con lo nunca visto, al precio, en ocasiones, de no ver lo que parece evidente, de ver como si la cercanía total impidiera reconocer, de ver como si el silencio elocuente del eros operara en la visibilidad, hasta *tener que ver con alguien*, que ya es algo otro que un ver.

Las bocas se encuentran en la palabra *beso* que, en su juego, es una palabra que insiste en reiterar su primera sílaba. *Basium*, con su etimología desconocida, permite el pálpito onomatopéyico de la sílaba inicial y en sus reiteración silban y salivan los labios. Prácticamente se produce un aleteo, un temblor que alcanza a todo el cuerpo, como si el alma nos viniera de al-

guien. La palabra no surge entonces de ningún interior, nos llega como un deseo, una intensidad, un tiempo callado, un espacio compartido.

Resulta desafiante leer en los labios el preludio de una palabra, lo inteligible hecho carne. No habrá preferencia de sílaba alguna, ni se articulará otro decir que el de un gesto, un abrazo de la boca por la que nos perdemos y nos damos. Necesitamos ese beso-palabra que nos viene de la boca de alguien, que se nos ofrece directa y claramente, que se pronuncia por él o ella en nuestra boca, como si dijera su palabra en nosotros, siendo propiamente la más nuestra, como ninguna.